## LA ONCE: UNA CASA DESENCANTADA

13/04/2010. La organización de los ciegos españoles siempre se distinguió por su capacidad creativa y su destreza para la caza de motivaciones, más comúnmente denominadas ilusiones. Pero, de un tiempo a esta parte, diríase que son las desilusiones quienes acosan a los afiliados, pues no hay maldición peor que perder la fe en los gobernantes.

El 1 de enero pasado, bajo el manto camaleónico de la crisis, la ONCE cerró sus centros de trabajo en Laredo y Torrelavega. Fueron los hechos más injustificados y lamentables que la organización ha realizado en esta comunidad en toda su historia, y todo ello, ante la mirada impasible de las autoridades públicas.

Sin embargo, tan sólo tres meses después, se ha llevado a feliz término la XII bienal de música ONCE: una muestra artística integrada en su mayoría por personas ciegas.

Traducido a recursos, más de 200 personas, a pensión completa en un hotel de 4 estrellas de Santander, durante cinco noches y días, más los gastos que necesariamente acompañan al evento como los derivados de personal, transporte y salas para ensayos y actuaciones.

Vamos, como ya oímos decir a los jesuseros, ¡el chocolate del loro!

Y nosotros, que nunca nos hemos encargado de decir ¡Jesús! Cuando estornuda el Jefe, ni hemos tenido voladero privado, pues nos repugna la cautividad, pensamos:

¿Tanto chocolate comerán esas aves?

¿Y será necesario que sea de tanta calidad?

Como cualquier ciudadano, ante el despilfarro público en cacao para los papagayos, aseguro que un loro no hace volandero, pero ayuda al compañero.

Claro que, examinando los acontecimientos de la vida pública más recientes, igual es que lo de la crisis es una bromita pesada para ingenuos, y las agencias de la ONCE no se han cerrado, sino que en breve volverán a contar con dos directores cada una. Bueno, la de Laredo sólo con uno, por aquello de las economías de escala.

Las últimas encuestas del C. I. S. lo van proclamando: en la percepción de los ciudadanos, los políticos son considerados como el tercer problema en orden de importancia. Y ya se sabe, cuando los gobernantes pierden el respeto a la moral pública, los administrados se lo pierden a los dirigentes.

Cuestión de ir probando hasta dónde alcanzan los límites de la paciencia del contribuyente. Intuimos que se anda muy cerca.

José A. Ferrero Blanco Delegado de CCOO-Once Cantabria